

Recortes de ciudad

Como en las «Ciudades Invisibles» de Italo Calvino, también nosotros llevamos interiorizadas ciudades pluridimensionales, que llegan no sólo cuando las evocamos, sino cuando un signo o un acontecimiento las aproxima a la memoria. Y la memoria, por frágil y vulnerable, las ha ido transformando en otros seres, las ha reconstruido infinito número de veces.

La memoria galopa en los leones que yacían impasibles en la Avenida Sexta y que los niños montaban raudos en la imaginación, al frente una iglesia, la de San Agustín, con el pesebre más maravilloso para las Navidades y el fuego que incendió el edificio de Avianca aún tibia los recuerdos; estacionado en la Avenida Jiménez, un molino bate sus aspas al viento; las unidades residenciales eran (y siguen siendo) arquitectónicamente especiales, pero hoy sus entornos son oscuros; los bardos se reconocían por particularidades que llamaban la atención como «el Quiroga», de casas homogéneas, monótonas y ordenadas, tipificado por el baile de sus adolescentes; en las Américas una mujer y un hombre que señala con su índice, isabei la Católica y Cristobal Colón, nos orientaban a cualquier lugar de los sueños; el monumento a las Banderas era estigmatizado por sus mujeres - columnas y no por ser columnas - mujeres, que eran vestidas de tiempo en tiempo con diminutos bikinis pornográficos. Al norte, en la ciudad con más comodidades, las inmensas casas invitaban a pisar los amplios jardines, las calles espaciaosas se recorrían con calma y el silencio sonaba a paz; por ese tiempo aún se podían ver los cerros sin murallas frente a los ojos.

El devenir de la ciudad nos lleva ahora a las calles que han recorrido aquellos que hoy tienen 42, 35, 27 o 19 años; todos hemos percibido la fragmentación de la ciudad y de sus espacios, desde la vía pública hasta los bardos que crecen al interior de ella. Existe una forma de acercamiento a estos lugares que definen el acontecer de los habitantes que los frecuentan. La Plaza de Bolívar acoge seres anodinos y desocupados por la edad o la pereza y sirve de afluente a los bancos del centro. La Avenida Jiménez nos remite a un movimiento sin fin de hombres - comerciantes; y de la Avenida Séptima hacia el norte se transforman las calles, la ciudad se hace otra, se vuelve más comercial y es reconocida por transeúntes trabajadores con afán por llegar a algún lugar; la Avenida 19, alucinante en su comercio y fascinante en su vitalidad, se transforma al caer la tarde con estuadiantes, vendedores ambulantes, rumba y bares. La Terraza Pasteur, parecida en su intensidad a la 19, se caracteriza por los encuentros amorosos, demarcando igualmente la vivencia urbana del centro, que acaba cuando empiezan los Puentes de la 26, abriendo un espacio diferente en su arquitectura, su comercio y su actividad; allí se suaviza y se afina casi todo: la cotidianidad, los lugares, la gente.

Paralela a esta «ciudad del centro» se dan otras, a las cuales se accede por las vías públicas, las calles y las avenidas que sirven de nodos a todos los puntos cardinales. Dentro de una fragmentación similar, nacen los espacios que complementan y enriquecen la gran urbe y que contribuyen a estructurar el tejido social, cultural y arquitectónico de la capital.

Pareciera un gran anillo la ciudad de la periferia, esa que en otro tiempo apenas se percibía y que ahora se toma un espacio inmenso, un cinturón muy amplio que rodea un todo caótico. Es como si allí naciera otro concepto de ciudad, aquella que vive en la calle y en la casa, donde todo lo que pasa dentro se conoce fuera, sin mediar grandes lapsos de tiempo. El espacio público es concebido y vivido de otra manera en estos territorios donde la espontaneidad, la naturalidad y la improvisación son notas importantes en su construcción y en su vivencia.

Ciudad refugio, hogar de aquellos que lo han perdido todo, de los que han tenido que abandonar sus sueños para venir al encuentro de otros nuevos. Ciudad que crece desmesuradamente generando pequeños y autónomos territorios, cerrados e impenetrables por barreras sociales más que materiales; desmesura que posiblemente hace que a cambio de la unidad sea la fragmentación su condición más importante; allí se generan en su variedad diversos mundos con particularidades musicales, de vestuario, ideas e ideales y de necesidades generalizadas que unen a todos, mostrándonos que la riqueza se halla en las diversas miradas y en el colorido del desorden que se vive paso a paso.

La ciudad transita en el tiempo. Camino a casa, no tomamos conciencia de su existencia. Sin embargo, no poder caminar tranquilamente por el bullicio, la inseguridad y el número de sus transeúntes, produce quejas sobre ella, desconociendo que nosotros mismos somos su respiración, su palpitación y su pulso; nosotros somos su fiebre y su pasión, sus miedos y rencores, su placidez y su felicidad.